



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

¡El amor de pareja es posible!

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 10, 2-16 (Domingo 27 del Tiempo Ordinario – Ciclo B)



¿Quién no ha leído algún verso o alguna novela de amor? ¿Quién no ha llorado o se ha emocionado en el cine con escenas como las de Love Story o Titanic? ¿Quién no ha cantado con el corazón en la mano baladas llenas de amor y sentimiento? Sin duda alguna, es el amor el sentimiento al que los hombres y las mujeres de todos los tiempos le han dedicado más obras en todas las artes

conocidas. Como no recordar, por ejemplo, los bellos versos del poeta uruguayo Mario Benedetti cuando, hablando a su enamorada le decía: “Y si te quiero es porque sos, mi amor, mi cómplice y todo; y en la calle, codo a codo, somos mucho más que dos”, o las miles de canciones que nos ayudan a desvelar los sentimientos más nobles que suscita la vida de pareja o las relaciones de amistad y compañerismo, cantar por ejemplo con Silvio Rodríguez que “sólo el amor convierte en milagro el barro”. El lenguaje del amor agranda nuestro corazón y llena de sentido muchas de las cosas que hacemos en el día a día. Es el amor, y más en concreto sobre el amor de pareja, que nos invita a reflexionar el evangelio de este domingo.

En la antesala del Sínodo sobre la Familia son muchas las voces que se empiezan a escuchar aunque, desafortunadamente, pareciera que el único tema a tratar fuese el de la comunión a los divorciados vueltos a casar. Permitidme apartarme de este necesario debate y romper una lanza en favor del amor y de quienes están convencidos de su fuerza transformadora.

No soy ingenuo y reconozco que en la sociedad contemporánea se ha trivializado el amor y la relación de pareja y hoy, sin ningún reparo, se habla de separaciones y divorcios con una naturalidad espeluznante. También sé que la situación de no pocas parejas y familias no es la mejor y están sufriendo.

Sin desconocer las sombras que planean sobre la pareja y la familia, esta reflexión quiere ser de anuncio y traer a los corazones de los hombres y las mujeres el sueño que Dios tiene para ellos. Dios, que es amor, cuando un hombre y una mujer descubren que se aman no llega ante ellos con un catálogo de obligaciones y restricciones, llega con una bendición para que ambos luchen por ser felices, por hacer un camino compartido en el que el amor les haga servidores de la vida y constructores

de una nueva sociedad basada en los principios de la donación, la generosidad y la ayuda mutua. En el sueño de Dios no se habla de contratos o cláusulas, se habla de complicidad, de saber que ese hombre o esa mujer con quien libremente una persona ha decidido unirse para el resto de su vida será su complemento y juntos formarán una unidad tan fuerte que serán como una sola carne, una sola existencia al servicio del amor, la vida y la felicidad. En el sueño de Dios la pareja es bendecida como principio de la sociedad pues, el vínculo del amor, es el cimiento sobre el cual se construyen las nuevas familias y las nuevas generaciones... Quienes se aman dejan padre y madre para fundar un nuevo árbol del que se desprenden las nuevas ramas que cantan a la vida y al amor. Este es el sueño de Dios, bendecir el amor que, en últimas, es la clave para ser feliz y llenar de sentido nuestro ser, hacer y querer.

Alguno de vosotros me dirá que este sueño de Dios es bastante utópico, lo admito, pero el que sea utópico no quiere decir que sea irreal o imposible. Si indagamos en nuestros corazones y en nuestra memoria, podemos ir trayendo rostros de personas que, no exentas de dificultades, viven o tratan de vivir el sueño de Dios en su relación familiar y de pareja. Seguro que como yo, muchos de vosotros tenéis en vuestra familia, en vuestros padres, hermanos y hermanas una confirmación de que este sueño de Dios, es posible.

Mi invitación es pues a mirar con positivismo la vida de las parejas, no todo es malo, no todo es trivialidad, no todo son separaciones y divorcios, hay cientos de parejas que viven felices y gracias a su amor nosotros también somos felices. Démonos una oportunidad para mirar el vaso medio lleno y no el vaso medio vacío. Con tantas malas noticias que hay últimamente permitidme aparcarme por un día la denuncia, en este caso sobre la pérdida de valor de la familia y el matrimonio, y más bien elevar una acción de gracias a Dios porque el amor, que es el centro de su mensaje, sigue vigente en la historia y sigue siendo la inspiración de nuestro canto.

Vuelvo al Sínodo para pedir a quienes van a participar en este importante espacio eclesial miren la realidad de las parejas y de las familias (en sentido amplio) desde la misericordia y la ternura de Dios de manera que, sobre la ley y las normas, esté el amor.